

www.puntodelectura.com

GONZALO TORRENTE BALLESTER

Yo no soy yo, evidentemente

punto de lectura



Gonzalo Torrente Ballester (Ferrol, A Coruña, 1910-Salamanca, 1999), profesor, periodista, crítico, dramaturgo y novelista, es uno de los más notables escritores españoles del siglo xx. Entre su extensa obra destacan la trilogía *Los gozos y las sombras* (1957-1962), *Don Juan* (1963), *Off-side* (1968), *La saga/fuga de J. B.* (Premio de la Crítica 1972), *Fragmentos de Apocalipsis* (Premio de la Crítica 1977), *La Isla de los Jacintos Cortados* (Premio Nacional de Literatura 1981), *Filomeno, a mi pesar* (Premio Planeta 1988) y *Crónica del rey pasmado* (1989). Miembro de la Real Academia Española desde 1975, recibió también, entre otros muchos, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1982 y fue el primer novelista español galardonado con el Premio Miguel de Cervantes, en 1985.

www.gonzalotorrenteballester.es

GONZALO TORRENTE BALLESTER

Yo no soy yo, evidentemente

Título: Yo no soy yo, evidentemente

© 1987, Gonzalo Torrente Ballester

© Herederos de Gonzalo Torrente Ballester

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: septiembre 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2117-4

Depósito legal: B-32.728-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Jesús Acevedo

Diseño de colección: Jesús Acevedo

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A María Fernanda

No existe constancia documental de que los libros de que se trata aquí se hayan jamás escrito ni publicado. Tampoco existen noticias de sus autores. Todo hace pensar que se trata de un fraude. Pero ¿quién sabe?

La carta de Uxío Preto

La difusa y varias veces confusa carta
publicada en la revista *Nuestra Tierra*,
la que a sí misma se llamó también
No Man's Land

«Mi querido lector: no sé quién es usted, ni llega en realidad a importarme, ya que la mayor parte de mi vida la llevo dirigiéndome a gente desconocida y escribiendo para ella. Se me ocurre que no existe razón, pues, para que le ofrezca explicaciones, pero debo confesarle mi debilidad por explicar lo innecesariamente explicable, con razones inválidas, aunque, si es posible, rigurosas. La primera de las que se me ocurren ahora es la de que me resulta usted extremadamente atractivo, aunque me reconozca incapaz de barruntar su idiosincrasia. Pero ¿encuentra escaso, como razón suficiente, el hecho de que me lea? Pues la segunda, complementaria de la anterior y de su misma seriedad, halla su fundamento en su calidad de lector de esta revista, que no llega más que a cierta clase de personas, tan selectas e inteligentes como admirables: *Nuestra Tierra* no la leen más que hombres extraordinarios, además de escasos. Enhorabuena por serlo: merece usted mis respetos; debo advertirle no obstante que poca gente los estima, a causa probablemente de mi universal admiración por lo real tanto como por lo que no lo es. Y, si continúa leyendo estas líneas, lo cual le será de veras provechoso, sobre todo en lo que a sus

pérdidas de tiempo se refiere, le quedaré, además, agradecido. ¡Fíjese usted, agradecido! ¡Un sujeto como yo, agradecido a un caballero ignorado, cuyo rostro es una mancha sin forma ni color perdida entre millares de manchas parecidas! Gracias.

»Estamos en el otoño. ¿No cree que esta circunstancia debe tenerse en cuenta? Si anduviésemos por la primavera, las cosas serían muy diferentes. La primavera es la estación de los viejos. Reviven cuando calienta el sol, si es que no mueren antes; vuelven a enamorarse y hacen el ridículo con las muchachas, las cuales, sin embargo, les quedan reconocidas, y nunca falta alguna que acepte sus manipulaciones: a pesar de lo cual o precisamente por ello, la primavera es un tiempo inestable, y la mayor parte de las revoluciones, de las guerras y demás conflictos provocados por los viejos, se engendraron en ella, para estallar en los primeros días del verano. Los jóvenes son, finalmente, quienes lo pagan: mueren o sufren por su manía de entusiasmarse con lo que no han inventado. Las muchachas quedan sin novio, y, a veces, sin marido. ¿No les sería mejor no rechazar a los viejos? Acaso los dejaran tan exhaustos que no les quedase vigor para revoluciones ni guerras, menos aún para entusiasmar a los jóvenes con esas consignas que los viejos inducen y que los jóvenes creen invenciones propias. El otoño en que estamos es un tiempo considerablemente más atractivo: el de los hombres maduros. ¿Lo es usted? Porque, si no lo es, más vale que no siga leyendo. Lo que voy a contar aquí, sólo a los maduros puede importarles porque sólo ellos están en disposición moral de comprenderlo, aunque no todos, sería un privilegio incomprensible,

sino sólo la mayor parte de los lectores de esta revista, si bien no se me oculta que en algún lugar del mundo, o en varios que ya van siendo muchos, existen profesores recalcitrantes que nos objetan frívolamente el espíritu y la forma característicos de esta publicación y que probablemente objetarán el espíritu y la forma de esta carta. No puedo menos que mostrar en público mi repulsa, y, si me apuran, manifestar mis sentimientos caritativos hacia ellos, los pobres, encerrados en su seriedad científica, moral y biológica. Son serios en todos los momentos de su vida, todo lo que hacen lo hacen en serio, ni siquiera saben reírse de sí mismos en esos momentos solitarios en que nuestra constitución material nos equipara a los bichos superiores e incluso a todos los que, inferiores o ínfimos, se alimentan y digieren. ¡Ah, caballeros, es menester una gran habilidad dialéctica y una gran fe en nuestros propios razonamientos para mantener el respeto a nosotros mismos cuando salimos del baño! Después, esas cosas las olvidamos todos, y nos seguimos engañando. Pero si hablo en primera persona lo hago por hábito retórico: algún hombre rimbombante prefiere los plurales. En la puerta de los servicios de *Nuestra Tierra* se advierte a los usuarios que no se olviden de reírse de sí mismos al entrar y al salir, aunque nunca con estrépito, sino con el debido comedimiento. Ya lo dijo el poeta: “La luz del entendimiento me hace ser muy comedido”, y aquí todos lo somos bastante.

»De todos modos, a pesar de lo dicho, es relativamente posible, por no decir seguro, que mucha gente se desentienda de estas razones al llegar a su meollo. Voy

a tratar de tres novelas que no ha leído casi nadie, y, quienes las desconocen, es justo que se llamen andana y digan fú. Comenzaré por afirmar, porque es lo cierto, que no me siento descontento, menos aún desdichado, por esa indiferencia de la que llegan señales constantemente: no se hizo la miel para la boca del asno, y aunque por lo general los refranes suelen consistir en la emisión, paralelística o no, de una mentira vergonzante que aspira a suplantar a la verdad*, puedo asegurar con toda la seriedad de que soy capaz, que no es mucha, pero sí suficiente, que en esta ocasión tomo, del refrán enunciado, lo que oculta de verdadero, no lo que muestra de falso, y repito que no se hizo la miel para la boca del asno queriendo dar a entender que esas novelas supradichas son de calidad tan singular que resulta intolerable por lo injusta; tan insólitas que casi son insultantes; tan perfectas que casi incurren en la decadencia, ¿o es que no admite usted que la decadencia vaya implícita en la perfección? ¡Oh, amigo mío, la brutalidad de lo saludable sólo admite parangón con su evidente tosquedad! Sólo de una sociedad enferma están excluidas las palabrotas, y únicamente los que se proclaman débiles disimulan el hedor con perfumes: lo mismo le sucede a la literatura. Por lo tanto, si yo soy el que lo afirma, no rechace mi aserto. Al fin y al cabo, el autor de esas novelas soy yo. Y esto, declararlo, publicarlo, es el objeto primordial de la presente

* Cuando da lo mismo; pero la reputación de la verdad, esa incógnita incurable, es tan acrisolada, que todas las mentiras aspiran a ser verdades.

prosa. Sé que es difícilmente creíble, pero esto sucede siempre que se afirma, públicamente o no, una verdad inesperada o simplemente incómoda. Lo es ésta. Muchos profesores de Literatura han elucubrado verbalmente o publicado trabajos críticos sobre cada una de ellas sin que les haya pasado por las mentes que pudieran deberse a un caletre indiscutiblemente único: sería mucho más tolerable que, permaneciendo como anónimas, se llegase a la conclusión, escrupulosa entre las lógicas posibles, de que nadie las ha escrito; que se consideren como surgidas, espontáneas ellas, de cualquiera de esas entidades colectivas o quizás abstractas a cuya responsabilidad se cargan, con satisfacción tan generalizada que es casi general, las autorías de tantos acontecimientos históricos, más importantes por supuesto que algunas obras literarias, aunque menos decisivos para el porvenir de la Humanidad; me refiero a las guerras o a las revoluciones, y a algún que otro matrimonio escandaloso. Estamos en una época en que se detesta a los hombres singulares en beneficio del tumulto. De que soy singular, y no tumultuoso, no cabe duda; de que, con la afirmación de mi autoría, introduzco un elemento perturbador en los solemnes y siempre repetidos espacios académicos donde puede ser tenida en cuenta, estoy seguro, y por eso escribo la presente. ¿Quién no se reirá de mí, sobre todo los que lo consideran todo, además del “todo” implícito en el inicial Big Bang? Allí estaban mis novelas, junto a los otros posibles narrativos, y allí estaban también las risas con las que se ríen de quienes, como yo, pretenden ser autores de lo que han escrito. Y parto de la evidencia de que, lo que escribo, lo mismo

puede ser verdad que mentira, lo mismo lo puede haber escrito el verdadero autor que un bromista o un falsario. Considérese, sin embargo, que mi condición de desconocido invita a sospechar que nadie va a beneficiarse de mis afirmaciones, porque es igual que si las hiciera el aire o una entidad impersonal inventada para el caso. (Y cuyo nombre, lástima grande, no se me ocurre ahora, aunque bien pudiera encerrarse en la sigla NEMOS.) Yo soy el autor de esas novelas y lo más probable será que no lo crea nadie, pero la misma probabilidad existe de que, por lo menos, le quede a alguien la duda de si miento o no miento. Y esa mera duda, siendo honrada, obliga a considerar de nuevo el estado de la cuestión, no en el sentido de preguntarse si Uxío Preto es el autor a quien nadie conoce, sino la mucho más comprometida, y difícil de estudiar, de si las tres novelas fueron escritas por la misma persona. ¡Ah, a esta interrogación no podrán ya hurtarse los estudiosos, porque en sus conciencias se ha aposentado una duda dudosa, la duda de una duda, o su sombra! También se desmoronarán las conjeturas montadas sobre hipótesis, sobre falsas noticias, sobre polémicas interesadamente provocadas. Los perspicaces investigadores, dueños de admirables virtudes intelectuales, así como de infalibles instrumentos, carecen sin embargo de los que permiten actuar a los detectives, lo cual queda probado por el hecho de que ciertas pistas ni siquiera les sirvieron para organizar enrevesados o sencillos sistemas de sospechas. En la bibliografía correspondiente a *La historia que se busca en los reflejos*, la tercera, cronológicamente, de las tres novelas, se registra la polémica entre un tal M. Morris, de filiación y ubicación

ignoradas, y el famoso doctor Harrison, de Iowa. Nadie se preguntó quién era M. Morris, ni siquiera el director de la revista que publicó su primer trabajo: Se conoce que lo halló bueno; pero tampoco se preguntó nadie por qué, a raíz de la polémica, salieron al mercado, por cierto bastante caros, seis ejemplares del texto cuestionado: los adquirieron, sin regatear, las bibliotecas de otras tantas universidades de reciente fundación, aunque bien reputadas: los custodian como tesoros. Algún tiempo después, un artículo de José V. Vázquez, publicado en un diario de Caracas, aporta un número de datos bastante fidedignos que le permiten descubrir o al menos sospechar con algún fundamento, que el autor de *La ciudad de los viernes inciertos* es un conocido novelista hispanoamericano, quien, sin embargo, no se dio por aludido, lo cual hizo suponer que aceptaba la atribución, aunque sin comprometerse; pero las razones científicas aducidas por el profesor Richard Martin, de Cardiff, en sentido negativo, hicieron tambalearse la hipótesis o la fundada opinión del dicho señor Vázquez. Curiosamente, empezaron a circular noticias de que cierto librero de viejo, de Madrid, poseía nada menos que nueve ejemplares de *La ciudad de los viernes inciertos*: Los adquirieron a precios muy elevados los habituales compradores. Por último, no hace más de seis meses, *Aquilina y la flauta de Pan* fue acusada de plagio. Carmen Becerra, de la Universidad Compostelana, salió en defensa de su originalidad, y los tres artículos que dedicó al tema se siguen alabando como extrañamente perspicaces. Pero ni ella ni nadie relacionó con la polémica la aparición, en el mercado de raros, de catorce ejemplares Aquilinos,

inmediatamente vendidos. ¿No es para sospechar el que tres acontecimientos, tan semejantes que parecen el mismo, relacionen del modo que acabo de decir a las tres novelas citadas? La similitud, ¿no suscita la duda? Pues yo declaro, y que me crea quien quiera, que yo, Uxío Preto, escribí lo firmado por M. Morris, por José Vázquez y por el descubridor del plagio, Mr. Compton, como aseguro que saqué a la venta ejemplares de las tres novelas sencillamente porque los tenía y me hallaba apurado de dinero contante; también porque podía aprovechar esta ocasión para que la gente del gremio recordase unos libros que empezaban a olvidarse en beneficio de otros peores, aunque más recientes y menos conflictivos. Tuve suerte: gané el dinero que necesitaba y puse en circulación las novelas como cuestión renovada de investigación y crítica. Su bibliografía aumentó escalonadamente, pero, de repente, algo las situó de nuevo en la región de la sombra y del olvido, no por razones intrínsecas, sino porque libros más modernos las habían desplazado. Lo considero injusto, ya que no se ha dicho sobre ellas ni lo suficiente ni lo necesario. Por semejante razón, ni más ni menos, escribo y publico esta carta. Mi sinceridad o, si se prefiere, mi descaro, avala mis intenciones. No queda otro remedio, señores profesores, que regresar a la vieja ignorancia y formularla precisamente en los términos que propongo. ¿Son las tres del mismo autor? ¿Es éste Uxío Preto? Averígüenlo. ¿Y quién es, o fue, o sigue siendo, Uxío Preto? Descubrirlo parece menos mollar, tarea de detectives o de poetas.»

El primer relato de Ivonne

Primer relato de Ivonne

I

Todos los días llegaban libros. No precisamente montones que nos embarazasen, sino paquetes sueltos con uno o dos volúmenes.

Míster Sharp nos los había distribuido por nacionalidades, las de los libros quiero decir: a Rosa, los italianos; los franceses a Dafne, y algunos a Ariadna; y a la brasileira Sábela, los de lengua portuguesa, fuesen del lado de allá o del de acá: así, el reparto resultaba mollar (y si uso esta palabra es por contagio de Uxío Preto), aunque no equitativo, porque no se publica cierta clase de libros en cantidades equiparables en todas las vigentes modificaciones del latín vulgar, o sea, en lenguas romances, que eran, que son, las que estudia nuestro departamento; las que expende, si de otro modo se mira. Debo decir que míster Sharp lo hace bien; bueno, lo hace de la mejor manera posible, entendido este «mejor» como superlativo, no como comparativo: esto, al menos, lo proclama un día y otro la señora Madison, o Mistress Madison, si se prefiere, aunque no exista ninguna seguridad acerca de su país de origen, ni de si nos convendría, para ser del todo exactos, llamarle *frau*, *madame*, o *signora* tal vez. Personalmente me inclino por otras denominaciones: el Madison,

no hay que negarlo, lo conserva de su difunto marido: ¿El primero?

Esta importante dama, además de imponente (1,72 m; 65 kgs), secretaria del departamento, ejerce en él toda la autoridad posible, incluyendo la necesaria, y acaso con un ligero exceso, en cuya virtud se le nota que manda, y no por delegación, sino por dejadez (mejor que dimisión callada) del *chairman*: tampoco por vagancia o poltronería de míster Sharp, ¡cualquiera se atrevería a pensarlo, estando allí la férula de Mistress Madison!, sino porque, como todos los sabios de su estatura intelectual, y, sobre todo, de su carácter, lleva tiempo instalado en las proximidades del éxtasis, a un paso justo del arrobamiento, y la secretaria en jefe, no sólo lo advirtió, sino que le ayudó a darlo, el paso, claro, con el pretexto de que, así, las cosas prácticas no distraerían inútilmente al genio de sus contactos con las esencias. En realidad, míster Sharp había sido nombrado *chairman*, no porque su enérgica dirección fuese a solucionarnos los problemas diarios, ni siquiera porque fuese a conseguirnos un aumento de sueldo razonable, sino porque su nombre realzaba hasta la vecindad de lo sublime la buena, la ya excelente reputación del Centro, mejor entre los mejores: lo situaba al margen de cualquier competición, y actuaba al mismo tiempo como esa especie de bayeta impoluta con que se frota la superficie de un espejo para que reluzca más, añadida la particularidad de que dicha bayeta, contra toda esperanza, queda adherida al espejo como su mejor ornato: de lo cual todo el mundo se percata menos la bayeta misma, mientras los otros andamos orgullosos y nos envanecemos cuando alguien dice: «Ésta es Ivonne.

Pertenece al equipo de míster Sharp». Aunque yo fuera una belleza, dejaría de ser admirada por la figura para serlo por esta situación indiscutiblemente envidiable: lo que se dice una cátedra *full time* donde uno quiera, siempre que se trate de universidades de segunda. ¡Oh!, pero esto carece de importancia, y si lo cuento aquí un poco en su realidad más vulgar o menos poética posible, se debe a ser el comienzo de unos acontecimientos que probablemente fueron también vulgares, pero que a mí se me antojaron excepcionales y hago todo lo posible para sacarles brillo también, aunque mi bayeta no sea de tan buena textura como la de nuestro querido *chairman*. A quien, por cierto, no tengo más remedio que colocar en el comienzo mismo de la acción, puesto que a él llega por su camino sólo la causa determinante, y de él partió la decisión en que se originaron los efectos. Si lo usual, tratándose de míster Sharp, es que las cuestiones queden olvidadas encima de su mesa hasta que la señora Madison las descubre o finge descubrirlas, y les da solución (o no se la da, que es también un modo de resolverlas), aconteció a veces que, al menos por algunos de mis colegas, respondía con presteza a la indagación de las causas y engendraba los efectos de modo tan inmediato y sorprendente que bien pudiera ser mecánico. Aunque ¿quién se atrevería, sino un materialista de los más eficazmente denostados por la señora Madison, a atribuir la conducta de míster Sharp a alguna clase de mecanismo, aunque sólo sea mental, aunque sea el más sutil y próximo al espíritu? Con míster Sharp, relativo a algo que él hiciera o que le concerniese, la palabra *material* ni siquiera con sentido traslaticio, podría utilizarse

propiamente. Míster Sharp es, sin duda, enteramente espíritu, y el chicano Mendoza, maldiciente inveterado, solía preguntarse de qué manera, siendo nada más que espíritu, aunque visible, podía tranquilizar las ansias de la señora Madison hasta el extremo de que a veces la dejaba más tierna, más blanda y más benévola: por todos se le atribuía, a míster Sharp, al parecer con bastante fundamento, la responsabilidad de estas metamorfosis. Según Mendoza, la señora Madison, en la cama, se espiritaba: gemido, suspiro y ay. Dicen que sólo sucedía los fines de semana, que para eso están. ¿Por razones de método? Yo no lo sé.

Mi trabajo sobre Uxío Preto me lo había encargado algo antes de terminar mi *master*; cuando se conoció el famoso, el malhadado artículo de la revista *Nuestra Tierra*; cuando esta inesperada publicación trastocó los supuestos y las convenciones aceptados. Soy trabajadora y aplicada, soy responsable, pero el trabajo no lo pude concluir hasta el año de residencia (que fue, precisamente, aquel en que empezaron los hechos). Se titulaba «Las fórmulas adversativas y dubitativas en la prosa del supuesto Uxío Preto» y había consumido en él muchas horas de mi vida, horas hermosas, ¡ay!: como que mientras trabajaba, algo exultaba en mí, en lo más íntimo, mientras mis compañeras se divertían, mientras algunas amaban ya. En tanto que yo, ¡venga a leer páginas y páginas, sin enterarme de lo que me contaban, si es que contaban algo, atenta sólo a los «peros», a los «sin embargo», a los «no obstante», así como a los «tal vez», «quizás» y «acaso»: red verbal de sutiles filamentos que me tenían prisionera, y mantenían dentro, encadenado, eso que me

exultaba, según dije. Cuando míster Sharp se enteró de que aquel trabajo, llevado a término, me proporcionaría una beca de cuantía razonable, imprescindible para acabar con holgura mis estudios sin tocar la escasa herencia de mi madre (aquellas pocas acciones y aquella viña en una aldea francesa), añadió que lo pasaría bien porque el trabajo sería divertido. *Mon Dieu!* Si atendía a la narración, las conjunciones pasaban inadvertidas, y si buscaba las conjunciones, no me enteraba del cuento. Puedo, pues, asegurar que sí llegué a conocer la sintaxis de Preto con bastante profundidad, lo que resta de su obra, como quien dice, todo, permaneció para mí, durante tiempo, en cierta remota lejanía, entre sombra y fantasma, de la que me libró el azar. Bueno: el libro que llegó y que por derecho me correspondía, se titulaba *Autobiografía póstuma de Uxío Preto*. Ni siquiera le rompí el envoltorio transparente, aquello que el chicano Mendoza, siempre preciso, llamaba «el virgo». Con él en la mano (¡con el libro, Dios!), me aproximé al despacho de míster Sharp, llamé a la puerta, y aunque es posible que mis nudillos hayan frustrado los estertores deliciosos de un beso dado a destiempo, o acaso juguetonamente recibido, me mandaron entrar, o, con más exactitud, fue la voz de la señora Madison la que dijo: «Adelante», y luego añadió: «¡Ah! ¿Eres tú, Ivonne?». Avancé unos pasos, y hasta creo recordar que tropecé con una de las bellas sillas inglesas que la señora Madison había hecho traer, con otras muchas cosas suyas, para aumentar la decencia de aquel impresionante lugar de autoridad y recogimiento, con canapé para un desliz de los que vienen rodados, sin pensarlo, regalo inesperado de las circunstancias. Había

decorado las paredes con tapicerías persas: diminutas, de esas que sirven para arrodillarse en el silencio del *mirhab* y elevar hasta Mahoma el alma, pero también para colgar; por acá y por allá, lindas chucherías francesas parecían recordar los años parisienses de la señora Madison, ¡un tiempo, quién lo sabe, de aventuras, esas tan especiales en que se mezclan, en proporciones diversas, la inteligencia y el sexo! Algunos de los muebles complementarios (que también pudiéramos llamar suplementarios, según el punto de vista), exhibían al mismo tiempo las señas acreditativas de su calidad, y el buen gusto, formado en las más exigentes tradiciones inglesas, de su propietaria. El chicano Mendoza —¿quién puede fiarse de un chicano, aunque sea tan guapo y tan ingenioso como él?—; el chicano Mendoza, digo, solía explicar aquella acumulación de riqueza en un despacho universitario, no sólo como muestra palmaria de la pasión de una filóloga frustrada por un lingüista triunfador, sino al mismo tiempo como ardid para tener los muebles a buen recaudo, no pagar almacenaje y ahorrarse una póliza especial de seguros contra incendios, robos y otras malaventuras: porque la señora Madison, sobre cuyo hogar habían soplado diversos vendavales, devastadores de corazones mas no de muebles firmados, vivía en un piso chiquitín, casi enteramente cama, o casi únicamente. Sea lo que fuera, la verdad es que el despacho de míster Sharp supera en suntuosidad al del mismo presidente, y si éste fuera celoso, y si míster Sharp no anduviera por el mundo como gloria deslumbrante de las ciencias del lenguaje, lo más probable hubiera sido su fracaso en la última reelección. Pero ¿cómo negar

que el mismo presidente, con frecuencia sospechoso de parcialidad, visitaba el departamento, o, con más precisión, a míster Sharp en su despacho, sólo por sentarse en alguno de aquellos sillones de orejas, de casta reconocida y cuyo cuero habían gastado ilustres posaderas de más allá del Atlántico?

—Esto es lo que llegó, señor.

Tendí el libro a míster Sharp. Le echó un vistazo a la portada. Alzó las cejas (finas como un trazado de caligrafía).

—¿Autobiografía póstuma? ¿Es que murió Uxío Preto? —Y, casi inmediatamente—: ¿Cómo pudo morir, si no había nacido?

Tuve que poner una cara estúpida muy llamativa, pues no creo recordar que míster Sharp me haya mirado jamás durante tantos segundos seguidos. Ofensiva su indiferencia, sí. Yo no soy fea, y la gente de bien se suele demorar en la contemplación de mi figura algo más de la mitad de un segundo. Aquella vez, míster Sharp alcanzó, sin duda, la meta de su capacidad contemplativa, marcada por la inquietud, súbita y refrenada, de la señora Madison.

—Usted lo sabe todo sobre Uxío Preto, señorita Clark, ¿no es así?

—¡De ningún modo, señor! Lo que sé de una manera absoluta y exhaustiva, es todo lo que concierne a su manipulación de los adversativos y de las fórmulas de duda, recuérdelo.

—Pero usted lo ha leído entero.

—Sí, míster Sharp.

—¿Y no sospechó nunca que fuese un fraude?

—¿Un fraude? ¿Quiere decir algo semejante a lo del bardo Ossiam, o al propio Shakespeare, según algunos envidiosos?

—Algo menos importante, pero lo mismo.

—¡Oh, señor! ¡El artículo de *Nuestra Tierra*, que usted no habrá olvidado, no deja lugar a dudas!

—Ese artículo es el fraude que complementa el anterior, la pieza mínima que garantiza la realidad de la otra. Uxío Preto es una invención colectiva, de eso no me cabe duda. ¿De quiénes? Eso es lo que usted debería averiguar.

Míster Sharp me tendió el libro, mientras la señora Madison, que permanecía en pie, junto a una esquina de la mesa, frunció ligeramente el ceño. Por qué lo hizo, lo ignoro, pero ella debería saber, por mayor y de más experiencia, que no es aconsejable jamás fruncirle el ceño a una joven sin razón suficiente, a una razón pública me refiero, que se pueda oír o ver, no a la que cualquiera sienta o piense en su interior.

—Señorita Clark, ¿quiere usted hacerme el favor de leer este libro provista de todas las suspicacias aconsejables a un investigador que sospecha con fundamento que se halla ante una superchería?

—Me permito advertirle, señor, que ese fundamento al que se refiere, lo desconozco.

—¿No le basta con mi sospecha personal? Acabo de comunicársela.

Recogí el libro.

—Le pido perdón, señor. No creí jamás que lo que yo tomaba por una broma, constituyese la base racional de una verdadera investigación.

La señora Madison halló el momento justificado de intervenir.

—Esto le servirá, Ivonne, de escarmiento.

—Por supuesto, señora. Le agradezco la advertencia.

¿Qué otro remedio me quedaba? Habría examinado de cerca el búcaro de rosas que alegraba una preciosa rinconera; habría deseado comprobar que, según mi parecer desde un principio, eran rosas de plástico, pero la mirada de la señora Madison me invitaba a salir. Lo hice humildemente. Rose Scott me sorprendió en el pasillo a punto de llorar. Le expliqué que había estado torpe con el *chairman*.

—Olvídalo y toma un café conmigo. Estoy contenta esta mañana. Me han pagado en la cafetería donde sirvo, y este fin de semana me voy a Nueva York a pasarlo con mi novio.

¡Qué suerte, la de Rose Scott, tan bonita y tan lista! Como se especializaba en italiano, no prestó la menor atención a la autobiografía de Uxío Preto. Ni siquiera había oído su nombre, cosa que, por otra parte, no me sorprendió, pues el de Uxío Preto es un caso más de esos escritores casi desconocidos fuera de los departamentos de lenguas de las universidades, exceptuadas las de su propia patria, en las que se les ignora. Sin duda alguien se lo pierde. El modo que los demás tenemos de aprovecharlo no deja de ser curioso. Comienza por una iniciación, y, después de conocido, se siente uno perteneciente a una especie de sociedad secreta dentro de la que el nombre de Uxío Preto funciona como santo y seña, como incitación y mito. La gente se reúne a comer para hablar de Uxío Preto, pero los hay que se van a la cama

por lo mismo, con olvido, en algunos casos, de eso para lo que la gente va a la cama. Sus lectores están conformes en que es un genio. Quizás exageren.

Tengo que confesar mis preferencias por algunas costumbres europeas. Las adquirí durante el tiempo en que estuve en Francia: la enfermedad de mi madre, su muerte, y aquellos pocos meses que siguieron, tristes en cierto modo, aunque inolvidables. Como nunca dejé de estudiar, solía esconderme en el rincón de un cafetín provinciano, un lugar que probablemente horrorizaría a Claude Preston, que no puede vivir más que en los lugares grandes de las grandes ciudades; pero cuyos encantos, los del café, aprendí a descubrir, y, sobre todo, a gozar. Transcurría ante mí la vida de unas personas sencillas y calmosas: podía contemplarla o encerrarme en la mía, pero también soñar: la villa era propicia al ensueño, viejas calles, viejas casas, una iglesia admirable y las ruinas de un castillo, y allí se le limaron las asperezas a una muchacha de educación americana bastante realista y algo cínica. Aquellas gentes me dejaban en paz. «C'est la fille de madame Baudrillart», el nombre de soltera de mi madre, recobrado después de su divorcio. No me fue fácil, en América, hallar un lugar semejante, en que el trabajo pudiera entreverarse de ensueños: me equivoqué al buscarlo en nuestras cafeterías, o en nuestros salones, y habría tenido que permanecer en mi despacho y aguantar la osamenta, tan angulosa, de Hellen, y su pelo requemado del tinte, si la casualidad no me hubiera llevado hasta un lugar, allí mismo, en el campus, donde hallé el recoveco apetecido, aunque tarde. El azar, sí, pero también la curiosidad. Era un viejo *ball* de la Facultad

de Lenguas Muertas: el más viejo, quizá, de los edificios universitarios. Quedaba un poco a trasmano, después de un césped y junto a un bosquecillo, y sus ojivas, sus torretas y sus muros de ladrillo y piedra blanca copiaban descaradamente cualquier Queen College inglés. Poco frecuentado, quizás a causa de su arquitectura y también de las ciencias que allí se enseñaban, y porque la mayor parte de mis compañeros prefería líneas algo más modernas y ciencias que tuvieran alguna relación con la creación artificial de superhombres o con la posible destrucción del mundo; pero como mis ojos se habían habituado a las arquitecturas inútiles que hacen incomparables algunas ciudades europeas, aunque quizás inhabitables para un ciudadano U.S.A. no corrompido por el espíritu, aquellos colores y aquellas formas Tudor, tan perfectos en su reproducción y tan fielmente respetados que hasta eran Tudor las mesas del restaurante, me agradaron desde una vez en que, despistada, descubrí, por equivocación, un escenario shakesperiano insospechado. Se hubieran podido representar allí, como en su ambiente propio, conjuraciones, crímenes, adulterios y bodas, dichos en esa lengua que me hace preferir el inglés cuando no se pronuncia como lo hace míster Sharp, nacido al parecer en un barrio de Long Island. Sabía que todo aquello era falso como una decoración, pero me dejé engañar de buena gana. Mi padre era inglés y enseñó lenguas clásicas. Yo le adoré mientras vivió, y siempre recuerdo la bondad con que soportaba la igualmente adorable frivolidad de mi madre. Los heredé a los dos, ando por dentro peleada como ellos, pero no puedo divorciarme de mí misma. La sala del bar, recogida, donde

fui a caer por fin, la frecuentaban, no tanto que le quitaran intimidad, unos cuantos profesores jubilados que no querían perder del todo la relación con tal aire y tales bóvedas, y que, viejos humanistas como eran, gustaban de despotricar contra la indiferencia de las nuevas generaciones ante los vulnerables instrumentos de la cultura. No sé si alguna vez se habrán dado cuenta de que una muchacha perteneciente a aquellas generaciones denostadas coincidía con ellos por lo menos en el gusto por el fuego de la gran chimenea y por el café a la europea que, quizá clandestinamente, o al menos de espaldas a los dictámenes de Boston, se nos servía allí: esta universidad en la que trabajo, tuvo siempre reputación de libertina y esto es, en cualquier caso, una ventaja. La *última ratio* de mi escapatoria a aquel lugar incumbía directamente a la voz de Hellen, mi compañera de despacho; alta y chillona. Una vez la registré en la grabadora, y la conservo por si la necesito como justificación ante la señora Madison. Allí se tomaba también un excelente té, no esa bazofia que dan en nuestras cafeterías, té de sobre para eliminar el colador. Me lo traía una chica de los Mares del Sur que estudiaba música y que se adornaba el cabello con florecillas blancas. Reía con una sonrisa ancha y cantaba un inglés cadencioso. Los humanistas jubilados decían de ella primores en griego y en latín, y en cualquiera de estas lenguas deploraban la propia senectud. En mí no solían fijarse. Yo extendía encima de la mesa mis papeles, mis magnetófonos y mi pequeño receptor de radio (los conciertos que escuchaba no podían molestar a los viejos humanistas), y trabajaba. Leí allí la *Autobiografía* de Uxío Preto, y tomaba notas y se las dictaba, en voz

bastante baja, al magnetófono. Y por lo general, me absorbía el trabajo y alguna vez perdí la noción del tiempo hasta el punto de verse necesitada la de Honolulu de advertirme la hora. Así, cuando me descubrió míster Sharp en mi rincón, no me di cuenta de que estaba junto a mí hasta que su voz me rescató o más bien me recobró para mi propia vida: vivía con pasión la quizás imaginaria de Uxío Preto.

—¿Prefiere que le diga buenas tardes, o que sin más preámbulos le robe una taza de té?

Aquel rincón era un lugar pintiparado para que un profesor ilustre y una muchacha profesionalmente prometedora llevasen a buen término los trámites precedentes a la primera visita de la muchacha al domicilio oficial del profesor, salvo en el caso, no infrecuente, de que el profesor disponga de un domicilio clandestino para esas ocasiones, o de que disponga ella. Era sin embargo indudable que no había razón alguna para que el profesor Sharp iniciase conmigo nada que no fuera una conversación estrictamente técnica, aunque tal vez con ramificaciones administrativas, pero no dejaba de ser probable que, si alguien nos veía y la noticia llegaba a oídos de la señora Madison, el camino de rosas académicas que vislumbraba (yo) desde hacía algún tiempo, se viese de repente interrumpido y acaso, acaso, frustrado por las arrugas de un ceño y la voz seca de una especialista en rumano. De todos modos no podía ser descortés con míster Sharp, que, como posible amante, me importaba un pepino, pero en cuyas manos estaba mi camino de rosas. Le respondí:

—Si encuentra usted en esas tenebrosidades a una muchacha de tez oscura, ella podrá traerle la taza. Por

mi parte, comparto con usted de muy buena gana lo que queda del té. Bueno. Dígale también que traiga un poco de agua caliente: lleva un rato aquí, y el té debe haberse pasado.

—¿Qué tal va eso?

—Le agradezco que me haya confiado este trabajo. Me siento fascinada.

—Pero ¿no lo conocía ya? No me refiero al libro, sino al autor.

—Recuerde lo que le dije el otro día, profesor: su sintaxis, como nadie; pero absolutamente nada más.

—¿Me dijo usted eso? Perdóneme, estaba distraído.

—Sí, profesor. Y usted me puso en guardia, o cosa parecida, porque, en su opinión, Uxío Preto es invención de alguien, cada una de sus novelas las escribió un autor diferente, y creer lo contrario sería un grave error. Quiero decir desde el punto de vista de mi carrera universitaria: un tropezón de bien precisas consecuencias.

Antes de responderme, bebió unos sorbos de té, y, después, sacó cigarrillos y me ofreció uno. Si antes nunca me había mirado más de medio segundo, salvo la vez aquella en que me miró durante dos, ante el ceño arrugado de Mrs. Madison, ahora sólo hacía mirarme, y yo, aunque no lo manifestase, empezaba a sentirme incómoda. Un hombre de cincuenta años, náufrago en la gloria y en la sabiduría, además de prisionero de una mujer de cuarenta con mucha experiencia y proyectos bien definidos, es de difícil rescate; pero no es infrecuente que el interesado, por hacerse la ilusión de que vive en libertad, busque la compañía transitoria de una muchacha: lo necesita para su salud moral, pero la muchacha suele quedar fastidiada si no es

prudente y no toma precauciones. Los profesores de aladares grises acostumbran a tener bastante éxito en esas operaciones, y a la vista de ciertos ejemplos, no se sabe si el *sex-appeal* reside en la plata de los aladares o en la reputación. Pero lo cierto es que «la otra» gana siempre al final, y que las jóvenes no sabemos perder, sino llorar y buscar el consuelo de un buen mozo que, a su vez, nos usa y nos abandona.

—Si yo tuviera tiempo, lo gastaría en demostrar la inexistencia de Uxío Preto. No pertenecen a mi campo, esas investigaciones, sino más bien al suyo, señorita Clark. Usted ha elegido la Historia de la Literatura, y, de ahí, a la Historia de los Literatos, no hay más que un paso; un novelista tampoco rechazaría el tema.

—Pero ¿en qué se funda? Claro que si dispone de informaciones secretas...

—Si las poseyera, no dude de que se encontrarían ya en el departamento, convenientemente introducidas en la computadora y al alcance de todos. No se trata de eso, sino... Señorita Clark, también usted debía de haberlo sospechado. Yo lo descubrí por la sintaxis. Ahora recuerdo que si le encargué hace tres años un trabajo sobre el tema... fue con la intención de... señorita Clark... ¿se llama Ivonne? ¿Me permite que la llame por el nombre? ¿Por qué te llamas Ivonne?

—Soy hija de un inglés y de una francesa. Mi padre murió a consecuencia de la guerra, aunque tardíamente. Mi madre... Bueno, se conocieron en Francia.

—Sí. Recuerdo perfectamente que también murió. Pues bien: yo esperaba que tú, después de haber estudiado la sintaxis de Preto, te dieras cuenta de que...

—¡Pero usted no me encargó una investigación policíaca, sino gramatical! La señora Madison me dijo entonces que para ayudarme económicamente, cosa que les agradecí. Ella se lo habrá dicho.

—Supongo que sí.

Esta respuesta fue un poco seca. No se me ocurrió nada con que romper el silencio que siguió. Él, por su parte, volvió a beber té, y, sin darme explicaciones, se comió lo que restaba de mi tarta de manzana. Se lo comió así, bonitamente, con los dedos, como la cosa más natural del mundo.

—Hay un trabajo que hacer, Ivonne, una investigación extraordinaria. Bucear en la vida y en la literatura española de la posguerra hasta aclarar lo relativo a Uxío Preto. ¿Qué me dices de esa autobiografía? ¿No se nota que es un libro fraudulento a partir de la primera página? Fíjate que no digo bueno ni malo, sino falso. Entiendes esa falsedad como pura imaginación. A lo mejor es una hermosa novela. ¿Quién lo sabe? La problemática que nos plantea el caso de Uxío Preto es muy rica. Quizá por el momento no podamos sospechar sus alcances. A mí se me había ocurrido algo hace algún tiempo, cuando leí el artículo de *Nuestra Tierra*, cuando te encargué aquel estudio, pero lo he olvidado. Tú sabes que la lingüística es absorbente, como una de esas máquinas excavadoras que todo se lo traga.

Se me ocurrió interrumpirle.

—Esas máquinas, profesor, lo que se tragan aquí, lo sueltan más adelante. Es material recuperable.

Cerró los ojos y pareció soñar.

—Sí, claro, sí, no es imposible. Tendríamos que hablar mucho, aquí, en este rincón, que es un lugar muy

agradable que yo no hubiera descubierto sin la necesidad que tuve de consultar al viejo Jones algo sobre una palabra sánscrita. ¿Tú te escondes aquí?

Creo que me ruboricé.

—¿Esconderme? ¿Por qué?

—¿No eres un poco tímida?

—No tanto que llame la atención.

—Entenderé, entonces, que esto es una especie de refugio.

—Sí, profesor. Contra la voz de Hellen, contra los visitantes de Hellen y contra tantas cosas de Hellen que podría asegurarle sin mentir que me refugio aquí contra Hellen entera, su pasado, su futuro y hasta su karma.

Se echó a reír.

—Informaré a la señora Madison.

—¡Oh, no lo haga, se lo ruego! Comparto el despacho con Hellen por decisión inapelable de la señora Madison.

Quedó en silencio. Yo creo que la mención de la señora Madison le hizo enmudecer. Lo más probable fue que se hubiera dado cuenta de que el subconsciente había comenzado a traicionarle. Se levantó.

—Tenemos que hablar de Uxío Preto, señorita. —No sé por qué olvidó de repente el tuteo—. Cuando termine de leer esa autobiografía, no aleje de su mente la sospecha de que ni Uxío Preto existió ni ese libro nos cuenta su vida. Después, vaya a verme.

Los sabios son enormemente distraídos, y, los norteamericanos, más. Fui yo quien pagó el té. La señorita de los Mares del Sur mostraba su dentadura, impecable. No sé por qué sonreía.

II

La lectura de la *Autobiografía* me llevó varias tardes largas de rincón y de sonrisas blancas de la muchacha aquella que hubiera debido pintar Gauguin para que el garbo de su cintura permaneciese; y aprovecho la ocasión para dejar constancia de que una de aquellas tardes me eché a temblar al darme cuenta de que a veces la miraba con ojos de hombre, y sólo me tranquilicé al contestarme a mí misma que la envidiaba con envidia de mujer. La ordenación de las notas me consumió dos o tres tardes más. El profesor Sharp ni apareció, ni procuró encontrarme, ni tuvo ocasión de verme. En total, pasó de las dos semanas, porque también gasté algún tiempo en la redacción del informe. Procuré hacerlo breve, aunque la brevedad no refrenase el entusiasmo con que lo escribía. Contaba con que la señora Madison me comunicase, a su manera confidencial, que el profesor lo había hallado escasamente objetivo y excesivamente apasionado, es decir, poco científico. La señora Madison gozaba de especial habilidad para hacer pasar sus opiniones por las originales del *chairman*. Después, el *paper* cuestionado se enviaba al archivo sin que míster Sharp llegase a conocerlo. Pero cuando yo le entregué mis folios, nutridos, aunque escasos, a la señora Madison, añadí:

—El profesor me tiene anunciado que desea mantener conmigo una conversación acerca de este asunto.

Le suplico, señora Madison, que me señale cuanto antes el día y la hora de la cita.

Aquello no podía hacerle gracia. Su habitual sonrisa (*Smail!*), tan profesoral, no apareció en su rostro, con lo que me ahorró la contemplación involuntaria de los dientes de oro demasiado relumbrantes.

—Se lo diré al profesor.

La *Autobiografía* de Uxío Preto no es un texto fácil, y, sobre todo, tiene la particularidad de dificultar, casi diría yo de impedir, cualquier intento de objetividad. Entusiasma o irrita desde un principio, ante todo de un modo estético, y, después, pero sin separación, quiero decir, con unidad de emoción, de un modo humano. No había sido difícil redactar el informe, porque cuatro folios suficientes pueden escribirse sobre el libro más apasionante sin más que un poco de profesionalidad. Pero habían quedado algunas páginas al margen que intentaba o pretendía releer con la esperanza de penetrar más adentro en su intrínquilis y en su complejidad. No había razón alguna para que no recurriese al rincón abovedado, cerca del grupo de los viejos humanistas a los que los más jóvenes afectaban desdeñar por superados, pero a los que consultaban acerca de trivialidades sánscritas y de otras muchas frivolidades. Confieso que los contemplaba con especial ternura, y solían recrearme las largas cabelleras blancas, de corte tan diferente del de los muchachos peludos. Mi padre, de haber vivido, quizá se hubiese sentado alguna vez entre ellos. Incluyo entre los consultantes al profesor Sharp. ¡No existe la sabiduría universal! Aunque no falten sabios que en momentos de exultación se lo crean.

El profesor Sharp apareció, como inconscientemente me temía. Más que aparecer afectando casualidad, me esperaba, y no lo disimuló. Ya tenía pedido el té, y la señorita de los Mares del Sur, precediéndola su sonrisa, se limitó a traer otra taza, una jarrita de agua y la ración de tarta.

El profesor no se levantó, pero sí acercó hasta la suya la silla que yo iba a ocupar. Tampoco me dijo que me sentara, porque eso se daba por supuesto.

—He preferido que charlemos aquí. Realmente se trata de un lugar atractivo, y, si yo no fuese racionalista, diría que misterioso. ¿No le parece que, a veces, las imitaciones causan los mismos efectos que los objetos o los ambientes imitados? En mis años de Cambridge, además de mejorar mi acento inglés, recorrí muchos lugares parecidos a éste.

El acento inglés no lo había mejorado lo suficiente, y entre las muchas cualidades de que le había oído alabarse durante nuestro largo trato, no figuraba la sensibilidad estética. Más bien se envanecía de lo contrario.

—Sí, profesor. Es evidente que ustedes, los americanos, por mucho que pretendan lo contrario, siempre tienen detrás, como una amenaza, el fantasma de Inglaterra.

—¿Y por qué no como un refugio? Al menos, los americanos de cierta edad y con ciertas experiencias. Yo, por ejemplo.

Le sonreí cortésmente.

—Pero usted, señorita Clark —continuó—, ¿no es también americana?

—De nacimiento, sí, pero mi mentalidad no coincide con mi pasaporte, aunque tampoco puedan reclamarla

del todo Inglaterra o Francia. Yo creo que más bien debemos situarla en medio del canal, equidistante de Calais y de Folkestone. No es una situación envidiable, se lo aseguro; a causa de ella se divorciaron mis padres, que, sin embargo, se adoraban. Ciertos matrimonios nunca son aconsejables.

—¿Y por qué dice usted «ciertos» matrimonios? ¿Tienen algo de especial?

—¡Oh, profesor, yo no puedo responderle! Pero usted debe saberlo por experiencia. Vamos, según tengo entendido.

Frunció el ceño al mismo tiempo que parecía entristecerse. Pero dudo de que se hubiera de verdad entristecido. Me dio la impresión de que más bien se trataba de un gesto convencional, obediente a la orden que dice: Cuando se trate de un matrimonio frustrado, da a entender que te emociona algún recuerdo, no sea que te vayan a echar la culpa del fracaso.

—Es usted demasiado joven, señorita. La descripción de ciertas realidades no debe empañar el color rosado de sus sueños.

—A la gente de mi edad, profesor, ya no le gusta el color rosa. Esto, sin embargo, no es una invitación a que me relate su historia personal, debe comprender que entre un *chairman* y una aspirante al doctorado, toda intimidad es pura especulación.

—¿Es usted puritana?

—No, profesor. Simplemente realista.

Pareció defraudado, aunque no definitivamente, como un trabajador al que acaba de fallarle una herramienta y se dispone a echar mano de otra.

—Quizá tenga razón. En general, la gente joven suele tenerla, porque no es el individuo sino la juventud la que la tiene. ¡Ah, la razón vital! ¿Qué es la otra a su lado? Sin embargo, cuando yo tenía su edad, éramos unos románticos y a lo mejor aún lo somos sin darnos cuenta.

—Pero, profesor, ¡si usted estuvo en la guerra!

—Mi romanticismo irremediable me libró de sus consecuencias. Pero... ésas son también historias íntimas. ¿Le parece que hablemos de Uxío Preto?

—Espero que haya leído mi informe... y espero también su juicio.

La respuesta requería tiempo, quizá meditación. Sorbió un poco de té y se comió un bocado de mi tarta. Después encendió un cigarrillo.

—En cierto modo, sí, por supuesto. No se le oculta que todos los trabajos de los doctorados pasan por secretaría. La señora Madison me remitió un resumen, quizá corto, no lo niego, y quizá recargado de opiniones personales, tampoco lo niego. En realidad, se trata de la opinión de una filóloga sobre un tema no filológico. Sin embargo, conviene conocer a la señora Madison y tener siempre en cuenta su formación positivista. Ciertas sutilezas demasiado modernas, ella no las aprueba.

—En mi informe, profesor, no recuerdo haber incluido, ni siquiera como ornato, ninguna de esas sutilezas. No olvide que la profesora Madison nos impuso a todos sus alumnos su terminología. Algunos la conservan todavía. Otros la han modificado en mayor o menor medida. El que lea mi trabajo, no dudará un momento de que, *malgré moi*, fui alumna de la señora Madison.

—¿Por qué dice *malgré moi*?

—No olvide que mi madre era francesa.

—La pregunta esperaba otra respuesta.

Quiero creer que fue una casualidad, resultado de un movimiento involuntario o, todo lo más, inconsciente, el hecho indudable de que las largas, huesudas piernas del profesor se habían acercado a las mías hasta rozarlas. No me gusta pensar mal de la gente, menos aún de los profesores con mando en plaza, y, por supuesto, en modo alguno si se trata de míster Sharp. Él se había inclinado a recoger su cartera, y lo más probable es que el roce y la insistencia en la aproximación se debieran al movimiento un poco violento que hubo de hacer, torcerse hacia atrás y tantear con la mano en lo oscuro hasta tropezar con lo buscado. Por otra parte esta cartera es un objeto en el que conviene detenerse a causa de la leyenda, transmitida de una generación en otra, de que en sus tinieblas interiores, secretas, mas nunca misteriosas, por cuanto se dividían en varios departamentos racionalmente planeados para diversos fines, lo mismo se hallaban fragmentos de manuscritos geniales por cuya posesión y destrucción alguien daría dinero y hasta la vida, que bragas de muchachas olvidadas con la prisa a causa de algún prolongado éxtasis en cuya provocación se asegura que el profesor es extremadamente ducho. No estoy en situación de atestiguar si era verdad o calumnia, y no lo siento: nunca coincidí con los gustos poéticos del profesor, y esta disparidad es siempre un buen punto de partida para construir imaginaciones previas o proyectos cautelosos. Admito la posibilidad, quizá la seguridad, de que míster Sharp no hubiera admitido aquella falta de coincidencia, suficiente para prever otras disparidades,

y durante uno de esos momentos en que la intuición parece alumbrar como un relámpago sin tormenta, pensé que lo más oportuno, discreto e inofensivo era buscar un pretexto para apartar mis piernas de aquellas otras, tan cargadas de sintagmas como carentes de carne, y para lograrlo sin llamar la atención, aproveché la situación de mi cartera, simétrica a la del profesor si se trazase una línea ideal que, pasando entre sus piernas y las mías, alcanzase en forma de diagonal el extremo opuesto del saloncillo. Si alguno de los sabios que casi al cabo de aquella línea ideal hablaban de sus cosas, hubiera prestado atención, le habría sorprendido la semejanza de mis movimientos con los del profesor, aunque en sentido opuesto. Él se estiró hacia la derecha; yo, hacia la izquierda; él extrajo de las sombras su enorme cartera oscura; yo, de junto a la lámpara, la mía, algo más chica y bastante más clara. Quedaron juntas encima de la mesa como un varón poderoso al lado de una mujer esquiva a todas luces, porque si en vez de situarla incidiendo en un ángulo de 45 grados con intención de fuga, la hubiera arrimado paralelamente, el símbolo habría sido el contrario. Las cosas hablan. Los sintagmas de las piernas de míster Sharp se mantuvieron discretamente alejados de mis medias de lana.

Alzó la cabeza bruscamente, como el que quiere coger al aire desprevenido. Le caía sobre la frente el famoso mechón plateado, por cuya posesión bastantes chicas envidiaban a la señora Madison.

—¿Qué me dice de Uxío Preto? Algo, por supuesto, que no figure en el informe.

—En esas páginas, profesor, van resumidas mis conclusiones científicas. Lo que ahora pudiera decir es personal e indigno de que lo escuche un sabio.

—Señorita Clark, a pesar de todo, me gustaría oírlo.

—¿Me da un pitillo?

Quedaba alguno de los míos en el fondo del bolso, pero creí necesario mostrarme de algún modo amable y, ante todo, subordinada. Me lo dio rápidamente, y, antes de que se lo rogase, me lo encendió. Tuvo la discreción de no agarrarme la mano.

—Por lo pronto, detrás de estas páginas burlonas palpita el corazón de un hombre de poderosa inteligencia, superior si cabe a la grandeza de su corazón, puesto que lo sosiega, lo domina y puede permitirse la ironía a costa de su propia vida, pero también y ante todo de los que vivieron con él, junto a él o contra él. Una ironía sin vinagre.

—Todo esto que acaba de decirme, no sólo es posible, sino esperable. Cuando yo le dije que Uxío Preto no ha existido, no insinué que las obras que corren impresas con otros nombres se hayan escrito solas. Hay, efectivamente, alguien detrás; pero ¿un solo hombre, varios, una sociedad anónima? —Me eché a reír, pero él permaneció serio—. ¿Y por qué no? —Y como yo me siguiera riendo, añadió—: Imagine un grupo de personas que se juramentan para inventar en secreto un escritor y echarlo al mundo, como se echa a un hijo a correr su suerte. ¿No podría llamarles una sociedad secreta?

—Sí, por supuesto. Pero, si algo entiendo de literatura, le puedo asegurar que ese libro lo escribió un solo hombre.

—Sí. Lo probable es que no sea el mismo que escribió los otros. Si usted, al estudiarlos en su sintaxis, hubiera mirado más allá de la Gramática, habría descubierto por lo menos cuatro manos distintas. Hay una quinta dudosa, pero puede dejar de serlo en cualquier momento y abrumarle con su evidencia. ¿Quién sabe si es precisamente la redactora de esa autobiografía?

—Me permito recordarle, profesor, su prohibición reiterada de *mirar* más allá de la Gramática.

—... Sí, por lo menos hasta cierto punto que no sé si usted habrá rebasado ya.

—¿Tendrá que esperar a que lo decida la señora Madison?

—¿Por qué habla usted de ella, si no está presente?

—Para mí, profesor, como si fuera mi sombra, si no mi sombra misma.

—¿Le cuesta mucho trabajo admitir que ésta sea una entrevista clandestina?

—Quiere decir clandestina en relación con la señora Madison, ¿verdad?

Tardó unos segundos en admitirlo con un «por supuesto» apenas susurrado. Y antes de que yo continuara hablando, tomó la palabra, y si lo digo de este modo es para reflejar la solemnidad verbal con que comenzó aquella perorata que concluyó como un susurro después de haber atravesado sin contaminarse el tono adecuado a las conferencias.

—Si me intereso por Uxío Preto, escritor cuyos libros nada tienen que ver con mi actividad científica y de cuya lectura pudiera prescindir perfectamente, aunque

con pérdida de algunos buenos ratos, lo reconozco, se debe a que alguna vez llegué a pensar que esa obra pertenece, no a la sociedad anónima que acabo de imaginar, sino a un solo hombre que fuese, sin embargo, cuatro o cinco. Le ruego, señorita Clark, que se fije en lo que acabo de decir, que no lo olvide: un hombre que fuera, a la vez o sucesivamente, eso es lo de menos, pero quizá sucesivamente, tres o cuatro hombres distintos. Es difícil de concebir, pero existe alguna manera de pensarlo sin incurrir en un enorme disparate. Pensadores serios hubo que admitieron las personalidades múltiples, y Uxío Preto pudiera ser uno de esos que son uno y varios al mismo tiempo. No míster Hyde y el doctor Jekyll, nada de eso, porque eso es patología, pero alguna forma de pluralidad... ¿Me entiende? Sí me entiende, claro, pero no puede imaginarlo, aunque quizá, si recuerda su infancia... ¿no podía usted ser Caperucita, la Cenicienta y la Bella Durmiente del Bosque? Recuérdelo y entenderá. Pues bien, mi interés por ese caso, o por cualquier otro semejante que pudiera presentarse, se debe a que yo mismo, a veces, me siento múltiple, me siento al menos doble, pero temo investigar más a fondo en mí mismo. Imagínesse que, de repente, me encuentro siendo otro, y que eso dura lo que un relámpago, suficiente no obstante para conocer a ese otro que soy: por debajo y en contra de mi personalidad conocida, esta que goza de cierta fama internacional, autora de métodos de investigación acreditados y rigurosos, todo lo cual podría simbolizarse en el nombre de la señora Madison. Existe alguien que se oculta, opuesto en todo a mí mismo, capaz de decir y hacer lo contrario, quiero decir científicamente, y si fuera

menester, destruir al primero. ¿Por qué razón no di nombre a esa segunda personalidad y la lancé también al mundo, a pelear con su gemela? Pues sencillamente por el miedo a desaparecer. En este orden de realidades, dos personas en una se pueden devorar, aniquilarse y no dejar nada de mí.

No carecían de gracia, aquellas palabras, porque la hipótesis de un escritor con varias personalidades diferentes, personalidades poéticas, quiero decir, era justo el contenido de mi informe. ¿Lo había olvidado o lo desconocía? En cualquier caso, ¿no insinuaba ahora lo contrario de lo que había dicho siempre, incluso media hora antes? Y todo eso, ¿por qué? No pude reprimir una pregunta maligna. Creo que ni siquiera intenté hacerlo, porque, en el fondo, me divertía.

—Y, dígame, profesor, esa segunda personalidad, ¿tiene también a una mujer por símbolo? Científicamente, quiero decir.

Vaciló.

—No. Todavía no. Y no sería un símbolo, sino una luz. Si la señora Madison se ha apoderado de cuanto de racional existe en mí, y opera como secretaria, esa otra, dueña de lo soberracional, tendría que actuar cerca de mí como musa.

—Tradicionalmente, profesor, las musas inspiran a los poetas.

—Esa mi segunda personalidad, ésa sin nombre que se opone a la que todos reconocen, se configura como un verdadero vate, entiéndalo bien. Mi segundo yo opone el método poético al científico, la vida a la ex-cogitación.

—¿Existe un método poético de investigar, profesor?

Le costó trabajo responderme un «¡Ya lo creo!» que pareció quitarle un peso de encima. Hasta aquel momento, yo había creído que representaba ante mí un papel cuyo destino último era el de cortejarme, si bien por un procedimiento original y propio de alguien tan singular como él; alguien que, sin duda, hallaba en la diferencia la razón misma de ser, y que quizá lo hubiera asesinado, de hallar su doble, o quizá se hubiera suicidado, al dejarlo vivo. Cuando dijo «¡Ya lo creo!», me pareció sincero. La impresión, sin embargo, duró unos instantes porque volvió a representar.

—Ahora se explicará mi interés por Uxío Preto. Si él, según sospecha mi razón, no es una personalidad múltiple; si llego a convencerme de que ese nombre enmascara varias personas individuales, cada una con su cuerpo, deduciré que esa otra que me acompaña como una sombra, sin otra consistencia que la de las sombras mismas, es pura imaginación mía, una especie de venganza de mis potencias irracionales a causa del uso abusivo que hago de mi inteligencia y de mi raciocinio. Y ese interés, querida Ivonne —ahora resucitaba el tuteo—, va tan allá, que me gustaría investigar personalmente el caso. Pero yo no puedo hacerlo... directamente. Necesito alguien que me ayude, un colaborador a quien ofrecerle firmar conmigo el libro resultante.

Fingí asustarme.

—¿Un libro, profesor? ¿Un libro en que presentase usted al mundo ese otro investigador, quizá poeta ignorado, que dice llevar dentro?

Relampagueó en mi conciencia la de un escándalo mundial aunque restringido a las universidades, el del profesor que se niega a sí mismo y lo confiesa de la mano de una profesional desconocida: nuestros nombres irían juntos a partir de entonces, y, supongo que también nuestros cuerpos; pero, al imaginar junto al mío, y sin ropas, los huesos de míster Sharp, no pude dominar un repelús, y me pareció escuchar la voz remota de mi madre, que, desde su buen sentido, me prevenía contra lo que podía no pasar de un señuelo.

—Si no presentarlo del todo, insinuarlo al menos. Hay que hacer un viaje, visitar a ciertas personas, persuadirlas a que hablen; hay que buscar testimonios positivos o negativos; hay que construir, finalmente, una personalidad que tiene el poder de disgregarse o bien el fraude que se oculta tras ese nombre. Yo daría ese salto de la Lingüística a la Historia, a riesgo de que lo peor del salto aconteciese en mi interior y me rompiese la crisma.

—¿Llama usted romperse la crisma a dar a luz un poeta?

—¡... que quizá fuera incapaz de ejercer la poesía, sino sólo la Historia!

—¿Y por qué no la novela policíaca? Esa operación que acaba de describir sucintamente, más parece cosa de detectives que de universitarios.

—Usted y yo podríamos hacerlo. —Y me miró.

No lo dijo con la pasión del poeta a la musa, sino con la frialdad del jefe de departamento a su colaboradora; pero yo advertí un temblor de pupilas y de manos simultáneo. Fue la primera ocasión en que me di cuenta de que, a un hombre que sabe controlarse, hay

que mirarle a los ojos y a las manos. La dificultad está en poder hacerlo al mismo tiempo. Si lo hice yo en aquella ocasión no fue por práctica que tuviera, sino por casualidad.

—¿Y la señora Madison?

—¿Qué puede importarle a ella?

Necesitaba un poco de pausa. Eché mano a los cigarrillos del profesor con la misma sencillez y naturalidad con que él, media hora antes, se había merendado una porción de mi tarta. Él se apresuró a encender una cerilla y, esta vez, rozó mis dedos.

—Profesor, esa confianza que acaba de hacerme y que me constituye, según creo, en única poseedora de su secreto, me autoriza a tratar con franqueza cosas menos secretas que ésa. Tengo mis razones para esperar que la señora Madison se oponga a toda colaboración directa entre usted y yo. Habló algo de un viaje...

—Sí. Un viaje juntos.

—¿Con ella?

—¿Cómo podría acompañarme de la musa de la razón, si iría en busca de la musa de la locura?

—¡Eso está muy bien visto, mire! La señora Madison, además de racionalista, o como quiera usted llamarla, es una mujer práctica, y lo más probable es que arañase la cara a la otra musa y le tirase de los pelos.

Bajó la cabeza en silencio. Después murmuró:

—De eso no cabe duda. Bueno, no quiero decir que le pegase y le arañase, pero sí que le haría alguna escena excesivamente ingrata por lo razonable, pero cargada de pasión en las palabras, ¿verdad?

—Posiblemente...

Se levantó, de pronto: sin aquella pereza de intelectual distraído con que solía moverse, una pereza escasamente adecuada a su figura asténica y un poco caballuna.

—Volveremos a hablar, Ivonne. Ahora me esperan mis estudiantes. Voy ya unos minutos retrasado, y me temo que lo hayan aprovechado para marcharse. ¡Si al menos pudiera pescar a alguno!

III

El profesor Hans Richter, jefe del departamento de Lenguas Germánicas, había hecho el servicio militar, durante la última guerra, en la armada alemana, aunque al parecer no con mucho entusiasmo, y solía describirnos al comandante de su barco como una entidad inaccesible, nombre y poder nada más: una especie de semidiós que a veces se vislumbraba en su apariencia humana sólo un momento en un rincón del puente o, cosa rara aún, que descendía a cubierta, quizás a la sala de máquinas, más o menos como esos paseos que daba Zeus por la Tierra, siempre al arreglo de un desaguisado o a su provocación: en todo caso la luz que irradiaba el comandante Zeus impedía verle el bulto. Pues hay ocasiones en que un *chairman* resulta de ese modo inaccesible, pero no porque las costumbres de la institución lo admitan y recomienden, sino porque, como otros muchos capitostes, contaba el nuestro con un cancerbero que podía impedir cualquier modo de aproximación, no sólo la realmente personal, sino la más abstracta que se vale del teléfono.